

SOBRE LA LITERATURA COLONIAL EN VENEZUELA (*)

R.J. Lovera De Sola
Fundación La Casa de Bello, Caracas

**“Hemos dado la espalda con demasiada
facilidad a ese espejo de silencios que es
nuestra historia colonial”.**

Carlos Fuentes

Cervantes o la crítica de la lectura.
México: Mortiz, 1976, p. 11

I

Desde la adolescencia, desde que nos asomamos a la lectura de nuestras letras, nos saltó siempre una interrogante: quiénes eran los que primero habían escrito en Venezuela, ya que no era posible que nuestra literatura hubiera comenzado

tras los sucesos del 19 de abril de 1810 —como algunos estudiosos sostienen— ni podía venir desde el inicio de la obra de Bello cuyos primeros textos datan de 1800. Para lograr obtener una respuesta, y porque como dice Augusto Roa Bastos, siempre un escritor concibe “el libro que quiere leer y que no encuentra en ninguna parte”, (1) nos dimos a la tarea a la cual hoy ponemos fin. Si es que se puede concluir en alguna hora un trabajo escrito. Estos tienen comienzo. Su final quizá no existe. Sólo nos detenemos cuando creemos, como es el caso de los libros de historia literaria, que hemos trabajado las fuentes existentes.

Así este volumen nos ha acompañado durante largo tiempo. Sus primeras lecturas datan de un trabajo que hicimos al iniciarse los años setenta bajo la erudita mirada de Oscar Sambrano Urdaneta. Así sus lecturas y pesquisas —realizadas en nuestro país y durante nuestra permanencia en los Estados Unidos (1977-80)— nos llevaron varios años. Por ello no fue sino a partir del Jueves 1 de mayo de 1980 cuando nos pusimos a la tarea de redactarlo. Durante los siguientes años hicimos la primera versión que concluimos el lunes 15 de febrero de 1984.

Además de las numerosas fuentes que se citan a lo largo de este volumen fue fundamental para la vertebración de nuestro estudio la antología *Orígenes de la poesía colonial venezolana* (2) compilada en vida por este constante estudioso del pasado caraqueño que fue Mauro Páez Pumar (1923-1974) y publicada tras su deceso, en edición cuidada por el Dr. Juan Ernesto Montenegro. Esta obra fue clave para nuestro estudio ya que ella nos amplió el horizonte a considerar a la hora de trazar los rasgos de nuestra literatura durante el período que cubre nuestra investigación. Y fue la consideración de la crestomanía de Páez Pumar así como el conocimiento de sus estudios sobre algunas figuras de nuestras letras coloniales, impresos en las páginas de *El Universal* y casi todos insertos por Montenegro en su obra póstuma, los que nos permitieron mirar con mayor amplitud.

Así en este libro hemos hecho una doble tarea. No hemos realizado solamente la interpretación crítica de las obras conocidas de los autores que escribieron durante los días del régimen español. Hemos también indagado hasta poder señalarle al lector quiénes fueron aquellos seres, que hicieron, para luego pasar al examen de las obras que escritas por ellos han llegado hasta nosotros. Esta es la razón de que esta obra esté tan interesada en los hombres y en los sucesos de tan lejano tiempo venezolano.

En las páginas de este libro hemos huido de aquel errado punto de vista, criticado por Domingo Miliani, según el cual entre nosotros hemos considerado “como literatura... toda manifestación de la cultura escrita”. (3) De allí que nos hallamos dedicados a atrapar la huella de lo literario durante el período analizado. Aquí hemos buscado acercarnos a lo expuesto por Don Alfonso Reyes (1889-1959) en las páginas de *El deslinde*. (4) Hemos por ello dejado de lado la consideración de las obras históricas —haciendo excepción solamente del caso de Oviedo y Baños—, los libros de los cronistas y todas aquellas obras que han sido inscritas por nuestros historiadores literarios como pertenecientes a la literatura sin serlo en propiedad.

Hemos, repetimos, tratado biográficamente a cada uno de los autores que aquí estudiamos, excepción hecha con Bolívar o Miranda o el sabio Vargas, para saber, como ya lo anotamos, quiénes fueron y qué hicieron. Y para tratar, lo que nos parece más importante, de encontrar la relación entre lo escrito por ellos y la vida social. Con ello hemos tratado de seguir la indicación del maestro Mariano Picón Salas (1901-1965) según la cual, al trazar la historia literaria de este período surge un problema histórico y este “no consiste en demostrar que existieron escuelas, circulaban libros y la pequeña ciudad colonial tenía a veces, una muy escogida élite de teólogos, juristas o poetas gongorinos. El problema histórico estriba en averiguar qué relación tenía ese trabajo intelectual con el medio en que se

desenvolvía; como puede ser un capítulo viviente de la historia general del país". (5)

Sin embargo este libro tiene mucho de arqueología literaria, ya que a todo lo largo de sus páginas buscamos unas huellas y una vez encontradas las sometemos a cuidadoso análisis. Y esto en sus dos vertientes: quiénes fueron cada una de las personas citadas por nuestros anales, qué hicieron, cuáles fueron sus vidas y que obras nos legaron.

Es por esta razón que aquí sólo examinamos obras escritas por autores determinados. Por ello no encontrará aquí el lector el análisis de la literatura indígena, ni la oral, ni la anónima, ni la folklórica, ya que solamente examinamos aquellas obras — conocidas a partir de 1498 y hasta 1830— cuyos autores se conocen. Mencionamos aquí también a aquellos escritores de quienes si bien no han llegado hasta nosotros ninguna obra literaria sin embargo gozaron de la fama de escritores entre sus contemporáneos.

Y claro está no pretendemos en ningún momento decir que todos los creadores aquí alineados fueron autores de obras acabadas. Solamente hemos pretendido mostrar las trazas, cómo fue el sendero de nuestras letras durante todo ese período, ese camino es el que nos explicará la cultura que subyace tras las *Elegías* de Juan de Castellanos, detrás de la *Historia de Oviedo y Baños*, la que permitió se produjera una obra universalista de la calidad del *Diario* de Miranda o que diera nacimiento a la obra de Bello. Lo que hemos pretendido es mostrar como ese proceso cultural nos conduce a través de colinas, pequeñas montañas, hacia elevados picos: Castellanos, Oviedo, Miranda, Bello.

II

Las consideraciones anteriores se concatenan con las que siguen:

Consideramos que debemos comenzar por preguntarnos por qué, si hemos resuelto muchos de los problemas que tienen que ver con la época colonial, (6) esto no ha sucedido con la literatura que se cultivó en Venezuela durante ese período. Si bien es cierto que conocemos con bastante claridad los rasgos de la cultura durante los siglos de la dominación hispánica, por qué nada podemos decir acerca de la palabra escrita durante esas centurias? Para ello creemos que hay que comenzar planteando los problemas desde su origen: no considerar literatura a toda manifestación de la cultura escrita. Es necesario separar a los historiadores, a los cronistas, de aquellos que cultivaron las letras. Sabemos que es una tarea ardua y espinosa porque no siempre los límites son claros: ¿es Juan de Castellanos sólo un poeta? ¿fue Oviedo y Baños sólo historiador? Y esto apenas reparando en dos figuras singulares.

De lo planteado se colige la necesidad que tenemos de hacernos numerosas preguntas en torno a los creadores que conocemos. Tenemos que señalar que si bien se inscribieron algunas obras literarias durante ese período y se conocen una serie de textos poéticos, sermones, panfletos y pasquines, no podemos decir que existiera una literatura colonial propia — aunque sus testimonios pueden ser examinados—. Esto al menos durante los siglos XVI y XVII. Y ¿por qué? porque una literatura no la hacen los escritores aislados quienes alguna vez compusieron algún verso, como los que recogió el incansable Mauro Páez Pumar. (7) Una literatura surge cuando, en forma de cuerpo algunos autores deciden expresar, mediante la palabra, el mundo que les rodea. Y esto no sucedió en Venezuela hasta el siglo XVIII, tiempo en el cual ya se puede hablar de una sociedad venezolana propiamente dicha, como lo reconocen José Antonio Calcaño, (8) Germán Carrera Damas (9) y Pedro Grases. (10)

Antes de 1700 conocemos los poetas de Cubagua (11) de los cuales ha llegado hasta nosotros sólo un poema de Jorge

Herrera. Le sigue Pedro de la Cadena, (12) Juan de Castellanos, (13) Lázaro Bejarano, (14) Gonzalo Zúñiga, (15) el Dean Rodríguez de Robledo. (16) En el siglo XVII varios versificadores contribuyeron con sus rípidas composiciones al libro del Padre Carvajal. (17) Y en él surgió nuestro primer plagio —como lo ha documentado J.A. de Armas Chitty. (18) También en esos años algunos religiosos nos ofrecen algún verso como los de Fray Cristóbal de la Concepción, (19) Fray Juan Moro (20) o Fray Diego de los Ríos. Este último los componía para luego ponerles música. No han llegado hasta nosotros. Pero a Fray Diego se le considera también como el primero que compuso música en nuestro país. (21)

A fines del siglo XVII existió en Caracas una élite intelectual cuyos rasgos destacó Parra León. (22) La formaban el Obispo Antonio González de Acuña, Juan de Arechederra, Nicolás Herrera y Ascanio José Mijares de Solórzano, Antonio Tovar y Baños, José Martínez Porras, José Oviedo y Baños. Entre ellos sólo fueron escritores González de Acuña, Arechederra, Herrera y Ascanio, Mijares de Solórzano y Oviedo y Baños. Entre todos resalta don José —la figura intelectual más importante en los años que precedieron a la creación de la Universidad de Caracas. (23) Cuando el citado Oviedo publique su *Historia* (1723), en ella encontramos textos poéticos de Alonso Escobar, Rui Fernández de Fuenmayor, (24) José de Fuentes y Francisco de Hoces. Del siglo XVIII proceden los trabajos del Obispo Díez Madroñero, del Padre Bastardo y Loaizar, (25) José Joaquín Moreno de Mendoza, del ilustre José Ignacio Moreno, quizá los de Pedro Blanco Infante. Son de este período dos escritores jocosos —el Padre Eguiarreta y José María Romero—, la primera mujer escritora —Sor María de los Angeles—, José Antonio Montenegro y Juan N. Quintana.

Ahora bien, el primer conjunto de escritores venezolanos no fue el que, al caer la tarde se reunía en Cubagua sino aquel que se daba cita en la mansión caraqueña de los Ustáriz, en las

postrimerías del siglo XVIII. (26) Estos a veces, se encontraban en la Cuadra Bolívar, en cuya puerta escribió Bello un pensamiento en latín. (27) En ambas casonas se dieron cita Bello—el creador principal de las tres centurias que examinamos aquí—, Vicente Tejera, Vicente Salías, José Luis Ramos, Domingo Navas Spinola, José Cecilio Avila y José Domingo Díaz.

También de esa época proviene uno de los primeros testimonios orgánicos de nuestra literatura colonial: El Diario de Francisco de Miranda —que él escribió entre 1771-1792—. Esta obra personalísima tiene su significación para la literatura. No es sólo un libro de viajes. Mediante sus cotidianas anotaciones don Francisco se asomó, con sus ojos de criollo, al mundo de la Ilustración. Si bien escribía para sí mismo, y nunca pensó editar su relato, en él consiguió cuanto veía, leía y sentía. Es la muestra de su alma, es el testimonio de su cultura, nos deja ver como este caraqueño sin par, supo ver el conmovido tiempo que le tocó vivir. Este Diario fue publicado mucho después de haber sido escrito. (28) Pedro Henríquez Ureña llamó la atención sobre su importancia dentro el contexto de la literatura hispanoamericana de su tiempo. (29) Pese a esto no poseemos aún un estudio sobre él, apenas algunos acercamientos a algunos de sus temas.

En 1801 Simón Rodríguez tradujo y publicó en Francia, la primera versión castellana de *Atala* de Chateaubriand. (30)

Lo expuesto plantea la necesidad de un estudio de los testimonios conocidos. Para un examen de esta materia no deberá soslayarse la influencia que tuvo en el desarrollo de esa literatura las prohibiciones reales contra las obras ficción y la carencia de imprenta en Venezuela —la cual sólo se instaló en 1808—. De aquí habrá que entrar a señalar si estos productos forman una literatura propia o son un simple eco o reflejo de la española en aquellas centurias. Habrá que determinar también

cuál es el significado de las letras que se escriben en Venezuela durante este período dentro del contexto de la literatura que se escribió coetáneamente en hispanoamérica. Habrá que explicar cómo un país marginal —como lo fue Venezuela— produce la concepción orgánica de lo que será la literatura hispanoamericana a partir de la emancipación —en los escritos de Bello—. ¿Habrá que tratar de responder cuándo se inicia nuestra literatura: en el siglo XVIII, en 1810, a partir del descubrimiento? (31)

III

Poco a poco nuestra historiografía literaria ha ido recuperando las grandes líneas de su producción literaria colonial. Si se examina el proceso de comprensión de nuestras letras se verá como hemos pasado del desconocimiento, del escaso énfasis en esta cuestión, a su comprensión certera. (32)

La recuperación de las letras coloniales las podemos observar si nos detenemos en aquellas obras en las cuales se ha tratado de hacer el balance de nuestro quehacer literario.

Ellas comienzan muy atrás. Se inician con los artículos que sobre la evolución de nuestra literatura publicó, en 1857, el poeta Eloy Escobar (1824-1889), bajo el título general de "*Literatura*", en el quincenario *El Foro* (1856-64) que en Caracas dirigió Luis Sanojo (1819-1878). En sus columnas, en los números 71-78 (Octubre 27 - Noviembre 20, 1857) están sus apreciaciones.

Igual cosa hizo a los pocos años José Antonio Pérez Coronado (1828-1867) en su libro *Literatura patria*. (Caracas: Imp. de los Estados Unidos de Venezuela, 1864. 127 p.)

En 1875 le siguió José María de Rojas (1828-1907) quien en la introducción a su *Biblioteca de Escritores Venezolanos contemporáneos*. (París: Jouby et Roger, 1875. XIX, 808 p.) hace escasa mención a los hechos literarios de la Colonia. Para Rojas

no existió nada literario durante aquellas tres centurias. Para él nuestra literatura se iniciaba con Andrés Bello (1781-1865). En un trabajo posterior inserto en su libro *Tiempo perdido*, (París: Granier, 1905. 338 p.) vuelve a anotar “notorio es que el movimiento literario de la América española se inició con su Independencia”. (34)

De 1875 datan los ensayos sobre escritores venezolanos de Juan Piñango Ordoñez, publicados en las páginas de la revista *La Tertulia*.

También es de esa fecha el libro de Felipe Tejera (1846-1924) *Manual de Historia de Venezuela*. (Caracas: Imp. Federal, 1875. XI, 216 p.) el cual incluía un apéndice sobre la literatura venezolana. Este estudio le fue tan criticado que don Felipe lo suprimió en las siguientes ediciones de su *Manual...* Amplió su visión de nuestras letras en sus *Perfiles Venezolanos*. (Caracas: Imp. Sanz, 1881, XVIII, 478 p.). Allí dice que la literatura apareció entre nosotros con la generación de la Independencia. Que esta nos trajo “el primer celaje literario” (35) que tuvimos. Y su obra se inicia con Bello.

Por su parte Julio Calcaño (1840-1918) en su *Reseña histórica de la literatura venezolana*. (Caracas: Imp. El Cojo, 1888. 29 p.) anota “Hasta los principios de la revolución de nuestra independencia política, la que pudiéramos llamar historia literaria de Venezuela, permanece envuelta en la profunda noche de la ignorancia” (36). Pese a esta afirmación cita a Juan de Castellanos, a los poetas de Cubagua, a Oviedo y Baños y a quienes escribieron las composiciones que se encuentran en el pórtico de su *Historia*. También se refiere al *Teatro de Caracas y Venezuela* de Blas José Terrero (1735-1802) e insiste que de todas formas durante el período colonial se escribieron “algunos Vejámenes y otras poesías de diverso género, pálidas todas y generalmente mal rimadas”. (37) También nos ofrece algunas noticias sobre la tertulia de los Ustariz.

En el estudio que sobre la poesía venezolana insertó Pedro Arismendi Brito (1832-1914) en el *Primer libro venezolano de literatura, ciencias y bellas artes*. (Caracas: Tip. El Cojo/ Tip. Moderna, 1895. A-C, CCXXXVI, 216 p.) cita entre los escritos de fines del período colonial y de los días de la emancipación al padre Juan Antonio de Eguiarreta, José Antonio Montenegro, Ramón García de Sena, Vicente Salías, Vicente Tejera, Domingo Navas Spínola, José Luis Ramos, Andrés Bello, Gaspar Marcano. (38)

José Gil Fortoul (1861-1943) en su estudio *Literatura venezolana*, insertó en sus *Páginas de ayer*. (Caracas: Ed. Elite, 1944. LX, 491 p.) nada dice de este período. (39)

Gonzalo Picón Febres (1960-1918) en *La literatura venezolana en el siglo XIX*. (Caracas: Empresa El Cojo. 1906. 429 p.) roza muy de paso la literatura que se escribió en Venezuela durante el siglo XVIII. Cita los juicios de Calcaño a los cuales ya nos hemos referido.

Rufino Blanco Fombona (1874-1944) dedica un estudio a nuestra literatura en sus *Letras y letrados de hispanoamérica*. (París: Sociedad de Ediciones Literarias y Artísticas, 1908, XXVI, 309 p.).

También Diego Carbonell (1884-1945) toca puntos relativos a nuestra evolución creadora en su *Venezuela política, literaria, científica e industrial*. (Río de Janeiro: Grande Establecimiento Graphico, 1922, 75 p.)

Crispin Ayala Duarte (1893-1958) en su *Resume histórico crítico de la literatura hispanoamericana*. (Madrid: S. de Ocaña, 1945. X, 479 p.) estudia la literatura colonial (p. 137-147). Lucila Luciani de Pérez Díaz (1882-1971) es también autora de un *Ensayo sobre la historia de la literatura venezolana* inserto en las páginas de la revista *Educación* N° 7-56, 1940-48).

En 1940 Mariano Picón Salas publicó su *Formación y proceso de la literatura venezolana*. (Caracas: Ed. Cecilio Acosta, 1940, 271 p.) En esta obra ya existe un estudio coherente de la literatura del período colonial. Constituye, luego del esbozo hecho poco antes por Ayala Duarte, el primer acercamiento serio a aquellos días, a aquellas obras y a aquellos autores.

Por su parte J.R. Barrios Mora en su *Compendio histórico de la literatura venezolana*. (Prólogo: José Humberto Quintero, Caracas: Tip. La Nación, 1948. 320 p.) señala "Bajo el régimen de la colonia española florecieron en Venezuela hombres de vasta erudición" (p. 19). Cita a varios escritores venezolanos del siglo XVIII.

Arturo Uslar Pietri en sus *Letras y hombres de Venezuela*. (México: Fondo de Cultura Económica, 1948, 177 p.) mira los días coloniales y sus manifestaciones con certeza. En la segunda edición de *Letras y hombres...* (Caracas: Edime, 1958. 345 p.) amplía sus puntos de vista sobre este segmento de la historia venezolana.

En su *Historia y antología de la literatura venezolana*. (Madrid: Jaime Villegas Editor, 1953. 2 vols) Pedro Díaz Seijas nos descubre los contornos de la cultura colonial. Y en la última edición de su obra *Historia y antología...* (Caracas: Ernesto Armitano Editor, 1986, 2 vols.) anota una observación que hay que tomar en cuenta para comprender los asuntos que tratamos en este libro: "Estos asertos nos confirma que durante el período colonial no podría hablarse de la literatura venezolana propiamente dicha, puesto que carecimos en ese período de una definida expresión de vida nacional, así como de sentimiento estético" (t. I, p. 15).

En su *Historia de la literatura centro y sur americana*. (Caracas: Universidad Central de Venezuela, 1969. 205 p.) el maestro Edoardo Crema (1892-1974) nos ofrece un perfil de las

letras continentales. Se detiene ante la obra de Juan de Castellanos.

José Luis Salcedo Bastardo en su *Historia fundamental de Venezuela*. (Caracas: Universidad Central de Venezuela, 1970, 779 p.) se refiere a los rasgos de la cultura colonial incidiendo en lo literario. Visto esto anota "Las letras presenta un raquíptico balance... autores de teatro y versificadores, sin originalidad ni vuelo" (p. 222).

Por su parte Guillermo Morón en su *Historia de Venezuela*. (Caracas: Italgráfica, 1971. 5 vols.) al estudiar el conjunto de la formación de nuestra cultura colonial examina algunos nombres del período.

Domingo Miliani en su *Vida intelectual de Venezuela*. (Caracas: Ministerio de Educación, 1971. 159 p.) se detiene ante las obras de Castellanos, Oviedo y Baños, Sor María de los Angeles, José Antonio Montenegro, Juan Antonio de Eguiarreta, Alonso Escobar, Rui Fernández de Fuenmayor, José de Fuentes, Francisco de Hoces y Andrés Bello. El mismo Miliani, al alimón con Oscar Sambrano Urdaneta, es autor de *Literatura hispanoamericana*. (Caracas: Ed. Texto, 1972, 2 vols.), obra en la cual incluyen las referencias básicas para el estudio de la literatura colonial a nivel continental.

Efraín Subero, en una obra escrita junto con Pablo Ojer, *El primer poema de tema venezolano*. (Caracas: Ministerio de Educación, 1973, 436 p.), ofrece un completo inventario de los escritores del período hispánico (p. 287-317).

IV

Una pregunta que subyace siempre entre quienes examinan esta época de nuestras letras es una: por qué fue tan escaso el cultivo de la literatura entre nosotros, ya que si bien

se puede señalar la existencia de un conjunto de obras estas no son tantas para permitir un examen crítico hondo y destacar entre ese conjunto un grupo de obras valiosas. Entre nosotros sólo podemos apelar, por su hondura literaria, a las *Elegías* (1589) de Juan de Castellanos a las cuales les sigue, ciento treinta y cuatro años más tarde, el *Diario* (1771) de Miranda y desde allí hasta la madurez de la obra de Bello con la *Alocución a la poesía* (1823), transcurrirán otros cincuenta y dos años. En el medio quedan un grupo de poemas, sermones y algunas obras teatrales. Ninguna novelá, ni un relato. La ausencia de obras ensayísticas las llenaron los sermones, los cuales, al decir de Octavio Paz, "del mismo modo que las preocupaciones intelectuales de nuestro tiempo asume la forma del ensayo, las del siglo XVII adoptaron la del sermón", (40). Observación que podemos hacer extensiva tanto al siglo XVI como al XVIII.

Todo esto que hemos planteado tiene varias respuestas. Con relación a las obras narrativas es bien conocido que pese a ser España la patria del género novelístico, desde que Miguel de Cervantes y Saavedra (1547-1616) publicó el *Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha* (1605) existió una prohibición, que fue consecuencia de una Real Cédula (abril 4, 1531), de enviar a territorio americano —y filipino, entonces bajo el dominio hispano— de libros de romance, de historias varias y profanas "como son los Amadis" por considerarse su lectura pernicioso para los indios. Esta disposición... nunca tuvo aplicación". (41) En esto tanto la Corona como la Inquisición fracasaron. El historiador norteamericano Irving Leonard demostró, con espléndido acopio de pruebas, lo que hemos señalado. Pero sin embargo pese a ello el cultivo de la ficción fue escaso entre nosotros y bastante exiguo, incluso a nivel continental, como lo podemos comprobar si seguimos el estudio sobre las más destacadas figuras de la literatura colonial hispanoamericana realizado por el novelista José Balza. (42) En esa obra analiza lo escrito por un memorialista —el Inca Garcilaso (1538-1700)— cuatro poetas —Hernando Domínguez Camargo (1606-1659),

Juan de Espinosa Medrano (1630-1688), Carlos Singüenza y Góngora (1645-1700) y Sor Juana Inés de la Cruz (1651-1696)— un cronista —Juan Rodríguez Freyle (1566-1642), la obra de tres críticos: uno anónimo, quien compuso el *Discurso en loor a la poesía* (1608), que quizá fuera una mujer. (43) Los otros dos firmaron sus trabajos —Domínguez Camargo su *Invectiva apologética* (1652) y Espinosa Medrano, el Lunarejo, su *Apologético en favor de don Luis de Góngora* (1662). Todavía quedó uno que cultivó la prosa, Singüenza y Góngora, el cual, según Balza, fue mucho lo que se acercó al discurso narrativo. (44) De Espinosa y Medrano indica Balza su convencimiento de haber sido con él que nació nuestra prosa ensayística. (45) Para que este cuadro estuviere completo sólo falta un nombre: el dramaturgo Juan Ruiz de Alarcón (1580-1639), el primer hispanoamericano, había nacido en México, en imponerse con su obra en España. Sus obras más representativas, las cuales todavía se ponen en los escenarios, fueron *Las paredes oyen* (1628) y *La verdad sospechosa* (1634). Como se verá en este cuadro no hay ningún narrador. Y no lo tendremos entre nosotros hasta que el también mexicano Joaquín Fernández de Lizardi (1776-1827) publique *El periquillo sarniento* (1816). Y esto se explica: la novela es un género de las épocas de crisis. Por ello surgió el *Quijote* cuando España entro en grave crisis. La crisis de la sociedad colonial hispanoamericana será la que hará posible el surgimiento de nuestra novela y más tarde, tras el costumbrismo, de nuestra narración corta.

Pese a todo el cultivo de la literatura fue escaso entre nosotros. Casi siempre parece que se cultivaron como simple adorno, ya que muchas de las obras conocidas, sobre todo los poemas y sermones, fueron trabajos de ocasión: la exaltación de un hecho, la toma de posesión de un Gobernador, la llegada al trono de un nuevo soberano, la muerte de un Obispo o de una persona esclarecida, una acción digna de registro a través de la palabra escrita.

Y luego los frenos jurídicos, las normas establecidas para publicar un libro —que siempre debía ir primero a un censor— y la carencia de imprenta en muchos lugares, hecho sin duda de grande influencia en lo que se refiere a la literatura venezolana, ya que carecimos de prensa de imprimir hasta 1808 y la mayor parte de las obras publicadas conocidas y los *Sermones* de Mijares de Solorzano o de Bartolomé de Villanueva —o en México— como un sermón de Nicolás de Herrera y Ascanio o el poema anónimo *Rasgo Epico*.

Sobre la carencia de imprenta en Venezuela señaló Guillermo Morón “la falta de imprenta es una de las causas por las cuales no puede apreciarse, con mejor criterio, el estado de la cultura intelectual en Venezuela durante la época colonial, y causa de la dolorosa impresión de pobreza que ha producido en las generaciones posteriores hasta hoy”. (46) Fue este hecho el que llevó a Héctor García Chuecos (1896-1973) a anotar “no fue abundante ni valiosa en calidad de labor artística, literaria y científica de la época colonial venezolana”. (47)

Por su parte Joaquín Gabaldón Márquez (1906-1984) dedicó un trabajo a la dilucidación de este asunto. (48) En ella anota “las escasas manifestaciones de la literatura venezolana colonial, presentan los caracteres de una identidad casi absoluta con las de la península, cuyos hijos hallaron en estas tierras campo propio para desarrollar sus tendencias sin someterse a las reacciones de la raza indígena y modificándose apenas por la virtud del medio físico y de las circunstancias de orden económico, más o menos poderosas, pero incapaces por sí solas para dar nacimiento a una literatura autóctona”. (49) Y más adelante insiste “otra de las causas a que hemos hecho referencia fue la rígida estrechez de las medidas legislativas tomadas por España en todo cuanto se refería a la imprenta y al comercio de libros”. (50) Esta es una de las explicaciones del por qué del número escaso de obras. La carencia de imprenta hacía que los escritores no trabajaran en sus obras porque estas eran muy

difíciles —y a veces casi imposibles— de divulgar una vez escritas. Y esto fue así pese a que un medio tan intenso de estímulo como son los libros hoy sabemos que circularon con mucha libertad, pese a las normas de prohibición y también sabemos que es falso que la Corona haya insistido en mantener ignorantes a los hispanoamericanos, carentes de toda formación. El proceso educacional, las universidades y los colegios son un mentis a la peregrina tesis según la cual el Rey Carlos IV (1748-1819) habría declarado “No conviene instruir a los americanos”, palabras que seguramente nunca pronunció, ya que al contrario lo que hizo fue poner su firma a iniciativas que llevaron al desarrollo de la educación y por ende de la cultura. Tal su decisión de crear en Mérida el Colegio Seminario de la ciudad, matriz, como el de Caracas, de la Universidad de aquella urbe. Caracciolo Parra León (1901-1939) aclaró que la frase atribuida a Carlos IV fue forjada, durante los días de la guerra emancipadora, por el colombiano Juan García del Río (1794-1856) quien la insertó en un estudio suyo aparecido en la revista londinense *El repertorio americano*, en 1826, que este editaba junto a Andrés Bello. (51)

Es por todo lo expuesto que lo que debemos hacer es acopiar lo que existió en Venezuela durante esas centurias, examinarlo y estimar su valor desde el punto de vista crítico sin obviar su valor como elemento de la historia del espíritu venezolano. Ya que serán estas obras un puente hacia lo que será, una vez logremos ser una sociedad bien constituida, cosa que sucedió a mediados del siglo XVIII. Fue en esa época cuando se hizo verdad el apogema de José Martí (1853-1895) según el cual “no hay letras, que son expresión, hasta que no hay esencia que expresar en ellas”. (52)

NOTAS

- (1) A todo lo largo de este libro cada vez que citamos alguna obra sólo damos la descripción bibliográfica completa de cada uno

de los libros, o artículos, utilizados la primera vez que los citamos. La siguiente, o siguientes veces, sólo consignamos el nombre del autor, el título abreviado, el tomo —si lo hay— y la página donde procede la referencia que utilizamos. En este caso: Augusto Roa Bastos *Vigilia del Almirante*. Madrid: Alfaguara, 1992. 338 p. La cita la tomamos de la p. 12.

- (2) Mauro Páez Pumar: *Orígenes de la poesía colonial venezolana. Estudio Preliminar*: Juan Ernesto Montenegro. Caracas: Consejo Municipal del Distrito Federal, 1979. 354 p.
- (3) Domingo Miliani: *Vida intelectual de Venezuela*. Caracas: Ministerio de Educación, 1971. 150 p. La cita procede de la p. 101.
- (4) Alfonso Reyes: "El deslinde" en *Obras completas*. México: Fondo de Cultura Económica, 1963. t. XV, p. 15-422.
- (5) Mariano Picón Salas: *Formación y proceso de la literatura venezolana. Prólogo*: María Fernanda Palacios. Caracas: Monte Avila Editores, 1984. VII, 348 p. La cita procede de la p. 31.
- (6) Ver al respecto Guillermo Morón: *Historia de Venezuela* Caracas: Italgráfica, 1971. 5 vols. obra en la cual se recogen todos los aportes al conocimiento de los diversos aspectos de la Venezuela Hispánica que la investigación, incluso la literatura, debe tener en cuenta.
- (7) Mauro Páez Pumar; *Orígenes...*
- (8) José Antonio Calcaño: *La ciudad y su música*. Caracas: Monte Avila Editores, 1985. XVI, 515 p. Ver en este caso la p. 222.
- (9) Germán Carrera Damas: *Una nación llamada Venezuela*. Caracas: Universidad Central de Venezuela, 1980. 220 p. Ver en este caso la p. 27.
- (10) Pedro Grases: "La generación de la Independencia" en sus obras. Barcelona: Seix Barral, 1981-93. 19 vols. Ver en este caso la p. 27.
- (11) Luis Beltrán Guerrero: "Los cantores primitivos" en *Palos de ciego*. Caracas: Impresores Unidos, 1944, p. 21-27; Luis Beltrán Guerrero "Cubagua, los cantores primitivos" en *Región y patria*. Caracas: Fundación de Promoción Cultural de Venezuela, 1985, p. 13-17 y Enrique de Otte: *Las perlas*

- del Caribe: Nueva Cadiz de Cubagua*. Caracas: Fundación John Boulton, 1977, 620 p.
- (12) Efraín Subero / Pablo Ojer: El primer poema de tema venezolano. Caracas: Ministerio de Educación, 1973. 436 p.
- (13) Isaac J. Pardo: *Juan de Castellanos, estudio de las Elegías de Varones Ilustres de Indias*. Caracas: Universidad Central de Venezuela, 1961. 493 p.
- (14) Pedro Henríquez Ureña: "Erasmistas del Nuevo Mundo" en *La utopía de América*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1978, p. 110-116.
- (15) Tulio Febres Cordero: *Historia del periodismo y de la imprenta en Venezuela*. Prólogo: Ramón J. Velásquez. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1983. 640 p. Ver en este caso la p. 44, nota 37.
- (16) R.J. Lovera De-Sola: *Hispanagente*. Caracas: Veneriz, 1984. 291 p.
- (17) Fray Jacinto de Carvajal: *Relación del descubrimiento del río Apure hasta su ingreso en el Orinoco*, Madrid: Ed. Edime, 1955. 307 p.
- (18) J.A. de Armas Chitty: *Guayana: su tierra y su historia*. Caracas: Corporación Venezolana de Guayana / Ministerio de Obras Públicas, 1964-68, 2 vols. Ver en este caso el t. II, p. 86-88.
19. R.J. Lovera De-Sola: *Hispanagente*, p. 33.
20. R.J. Lovera De-Sola: *Hispanagente*, p. 34.
21. José Antonio Calcaño: *La ciudad...*, p. 35.
- (22) C. Parra León: *Obras*. Madrid: Ed. J.B, 1954. 810 p. Ver en este caso "La instrucción en Caracas" (p. 19-280).
- (23) Susana Romero de Febres: *Aproximación al sentido de la Historia de Oviedo y Baños como un hecho de lenguaje*. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1984. 154 p.
- (24) No el Gobernador del mismo nombre y apellidos sino su nieto hecho que muchos autores ignoran confundiendo.
- (25) R.J. Lovera De-Sola: "Noticias historiales de la Nueva Barcelona" en *El Nacional*, Caracas: Noviembre 9, 1985, Cuerpo C, p. 14.
- (26) José Antonio Calcaño: *La ciudad...* p. 97 y 103.
- (27) Manuel Rafael Rivero: *Memorias y fantasías de algunas cosas de Caracas*. Caracas: Academia Nacional de la Historia,

1980. 178 p. Ver en este caso la p. 20. nota 4.
- (28) Puede verse en el Diario en los tomos I-IV del Archivo del General Miranda. Caracas: Academia General de la Historia. 1929-50. 24 vols. Se ha reimpresso este Diario en la reedición de todos los papeles del Precursor: *Colombeia*. Caracas: Ed. de la Presidencia de la República 1979-90. 10 vols.
- (29) Pedro Henriquez Ureña: *Las corrientes literarias en la América Hispánica*. México: Fondo de Cultura Económica. 1969. 340 p. La mención en este caso procede de la p. 99.
- (30) Verla en Simón Rodríguez: *Obras completas*. Caracas: Universidad Simón Rodríguez, 1975. 2 vols. Verla en el t. II, p. 430-499.
- (31) Toda esta segunda parte que acaba de leerse corresponde a la ponencia "Algunas consideraciones sobre la literatura colonial venezolana" que presentamos en el "Hotel Prado Río", Mérida, el 9 de mayo de 1986 en el "Encuentro sobre historiografía literaria venezolana", organizado por la Escuela de Letras de la Universidad de Los Andes".
- (32) Ver por ejemplo Alberto Rodríguez C., "Marginalidad de la literatura colonial en Venezuela", en *Rev. Araisa*, Caracas (1976-82), p. 115-139.
- (33) Muchos de los datos que utilizamos proceden de Carlos Miguel Lollet: *Sobre la historia general de la literatura venezolana*. Caracas: Separata del Boletín de la Academia Venezolana de la Lengua. 1969. 23 p.
- (34) La cita que hacemos procede de José María de Rojas: *Tiempo perdido*. 2a. ed. Caracas: Fundación Shell, 1967. XVI. 305 p. La cita la tomamos de la p. 145. Este estudio fue el prólogo que Rojas escribió para una rara edición de las composiciones de Jacinto Gutiérrez Coll. Indica Gonzalo Picón Febres en sus *Páginas Sueltas*. Curazao: A. Betancourt e Hijos, 1989. 370 p. que este libro se tituló *Poesías selectas*. (París: spi. 1870?).
- (35) Felipe Tejera: *Perfiles venezolanos*. 3ra. ed. Prólogo: Pedro Díaz Seijas. Caracas: Presidencia de la República, 1973. 445 p. La cita está tomada de la p. 32.
- (36) Trabajo inserto en Julio Calcaño: *Crítica literaria*. Prólogo: Fernando Paz Castillo. Caracas: Presidencia de la República, 1972. 432 p. El texto está en la p. 181-200. Nuestra cita

- procede de la p. 181.
- (37) Julio Calcaño: *Crítica...* p. 185.
- (38) Varios autores: *Primer libro venezolano de la literatura, ciencias y bellas artes*. 2a. ed. Caracas: Concejo Municipal del Distrito Federal, 1974. XXVI, C, 552 p. Ver en este caso la p. 14.
- (39) Este estudio puede verse en José Gil Fortoul: *Obras Completas*. Caracas: Ministerio de Educación, 1957, t. VIII, 299-333.
- (40) Ildefonso Leal: *Libros y Bibliotecas en Venezuela colonial*. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1978. 2 vols. La cita procede del t. I, p. XXV. Ver también Irving Leonard: *Los libros del conquistador*. México: Fondo de Cultura Económica, 1953. 396 p.; Manuel Pérez Vila: *Los libros en la colonia y en la independencia*. Caracas: Oficina Central de Información. 1970. XIII, 236 p.
- (42) José Balza: *Iniciales*. Caracas: Monte Avila Editores, 1993. 110 p.
- (43) José Balza: *Iniciales*, p. 32.
- (44) José Balza: *Iniciales*, p. 70.
- (45) José Balza: *Iniciales*, p. 56.
- (46) Guillermo Morón: *Los cronistas y la historia*. Caracas: Ministerio de Educación, 1957. 192 p. La cita procede de la p. 132.
- (47) Héctor García Chuecos: "Cultura intelectual de Venezuela desde el descubrimiento hasta 1810" en el Real Colegio Seminario de San Buenaventura de Mérida. Caracas: Biblioteca de Autores y Temas Merideños, 1963, p. 197-314. La cita procede de la p. 199.
- (48) Joaquín Gabaldón Márquez: *Causas del atraso literario en la colonia*. Caracas: Ed. Sur América, 1928. 7 p.
- (49) Joaquín Gabaldón Márquez: *Causas...* p. 4.
- (50) Joaquín Gabaldón Márquez: *Causas...* p. 6.
- (51) Guillermo Morón: *Historia...* t. IV, p. 387-388; ver también Caracciolo Parra León: *Obras*, p. 388-389: Juan García del Río: *Revista del estado anterior y actual de la instrucción pública en la América antes española*, en *Repertorio Americano*, Londres, t. I (1826), p. 231-253). La falaz observación puede leerse en la p. 244.

- (52) José Martí: *Obra literaria*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1977. XXII, 497 p. La cita procede de la p. 404. Citado también por José Balza: *Iniciales*, p. 11.
- (53) R.J. Lovera De-Sola: "Escritores venezolanos de la época colonial y emancipación" en *Con el lápiz en la mano*. Caracas: Edi. de la Contraloría General de la República, 1990, p. 13-58.
- (54) R.J. Lovera De-Sola: *Hispanagente*.